

MODERNIDAD VERSUS POSTMODERNIDAD



la necesidad de subversión del Humanismo

Enrique Belenguer Calpe
M.L.C. González Luis

En

la recta final del siglo XX la Modernidad, todavía vigente y que ocupa una posición dominante aunque en indudable declive, se nos aparece como producto del gran 'edificio' levantado en el siglo XVIII por la Ilustración europea. En este sentido, la Postmodernidad no puede ser entendida como una definida anti-modernidad, sino como una modernidad 'otra' que no conseguirá

desenvolverse sin la presencia de esa incompleta modernidad.

Pues bien, si nuestro presente se construye mediante las vetas humanistas heredadas de la Ilustración, y ésta mira históricamente el humanismo del Renacimiento; si los siglos XV y XVI quieren reencontrar los pilares más auténticos del Cristianismo primitivo; si este cristianismo realiza "una metanoia", "un cambio interior", "un arrepentimiento", y transmuta en profunda creencia teórica y práctica el hondo concepto de Humanitas latina encarnada por Cicerón durante la República; si esa humanitas romana no es sino aggiornamento del amplio concepto de Paideia griega; si todo ello es cierto -y consideramos que desde un punto de vista del pensamiento histórico-pedagógico, es irrefutable- tendremos que concluir que no podemos entender el hoy sin remontarnos y ahondar en los siglos V y IV antes de Cristo. Pero este argumento que diseñamos implica que, a lo largo del desarrollo histórico en el mundo occidental se han ido produciendo unos hitos, unos jalones de carácter estructural de profundo peso huma-

nista valiosos en sí, pero aún insuficientes en cuanto que, asentados en unos modos y relaciones de producción concretos, humanizaban a una minoría -la clase hegemónica dominante-, deshumanizando a la mayoría.

Sin embargo, y a modo de hipótesis de trabajo nos ubicamos en la idea de que el Humanismo, entendido como *bildung*, es el substrato sobre el cual ha de erigirse cualquier proyecto de futuro en su construcción dialéctica desde el presente; un humanismo contemplado como poso de tradición de indudables caracteres progresistas y que no ha de ser interpretado althusserianamente como ideología.

Ahora bien, el siempre contradictorio devenir histórico demanda desde la Modernidad "subvertir" el Humanismo que se definiría como elemento teleológico, como punto de llegada, como estrategia a la que habría que aplicar un único método posible: la Democracia. Y la táctica democrática -sin adjetivaciones- llevaría a la realidad el viejo pero siempre nuevo -porque hay que reinventar constantemente- paradigma filosófico personalista que no puede sino conducir a una sociedad socialista y de auto-gestión.

Reclamamos, pues, la tradición como elemento de progreso y nos afincamos en el valor de la modernidad que, aunque en crisis, aunque despedazada y un tanto des-construída en el confusionismo acaecido tras la "derrota" de los desafíos radicales revolucionarios de la década de los sesenta, se ha de reencontrar. Es necesaria una honda internalización personal de los valores, una ética que conforme personas críticas, reflexivas y radicales, con una

El

postmodernismo

se caracteriza

por el

eclecticismo

ideológico que

presenta

patrones, antes

excluyentes e

inconsensuales,

como

complementarios.

profunda asunción de esa escala de valores para el siglo XXI.

Pero frente a la hipótesis expuesta -que es también tesis-, sin catastrofismos, barruntamos un peligro: el desarrollo y avance del llamado estadio cultural postmoderno, que no es más que la conformación de mentalidades adaptadas al neoliberalismo feroz y al imparable proceso de globalización sistémica.

El postmodernismo, inserto en la civilización postindustrial y en el tecnocratismo neopositivista, imposibilita cualquier tipo de pedagogía disidente -habida cuenta de que ésta está aún por construir-.

Como diría el prof. Lerena, la época del *Re Mayor*, del Revolucionario ha tocado a su fin. Frente a planteamientos subversivos, objetivos revolucionarios, valoración de riesgo o actitudes antiburguesas, el statu quo postmoderno plantea una calma indiferente; la utopía filantrópica propia del realismo pedagógico comeniano del siglo XVII, o del inicio del romanticismo (recuérdese a Pestalozzi), ó del desarrollo de la corriente del socialismo "no científico", ha dado paso a un ideario pragmático de incuestionables tintes neo-conservadores.

En este contexto, la escala de valores de la Modernidad se desmorona, se desjerarquiza y prima en el hoy un subjetivismo y relativismo exagerados, de modo que los juicios de valor se multiplican y, aunque a veces contrapuestos, aparecen en un mismo plano con un marcado criterio horizontalizador. El postmodernismo se caracteriza por el eclecticismo ideológico que presenta patrones, antes excluyentes e inconsensuales, como complementarios. Por tanto, los marcos de referencia se desvanecen y los principios morales de la Modernidad se relativizan, en tanto que el presente postmoderno se convierte en algo ahistórico, inmóvil, espacio que todo lo alberga, ámbito en el que, sin diacronía alguna, todo existe y es.

Ante esa concepción del presente, el pasado es inservible (la Historia carece de sentido), y el futuro es una mera entelequia. De esta manera, nos aproximamos a concepciones absolutistas de corte orwelliano, y *el hombre político* comprometido se desvanece, siendo sustituido por *el hombre psicológico* que se refugia en la cotidianidad dada, en el hedonismo y en la interioridad de un *yo-aprático*, no transformador, frívolo, consumista y apático. Se vive para sí mismo, de espaldas a la comunidad, de un modo neonarcisista y con una gran laxitud moral. El "hombre real" está servido, el "hombre auténtico" en vías de extinción.

En este marco postmoderno que, a través quizás de deshilvanadas pinceladas estamos tratando de caracterizar,

las "ideologías duras", las ideas totalizadoras se han ido diluyendo siendo reemplazadas por un conjunto de *pensamientos débiles*. Ante este estado de cosas, se asume el nihilismo como destino y el vitalismo como refugio. Y ese vitalismo aparece siempre ambivalente: entre la realización inmediata del placer y la huida ante el sentimiento; entre el derecho al disfrute y el desapego emocional; entre las actitudes entrópicas que buscan impulsivamente la afectividad y el tranquilo sosiego que proviene del afinamiento en la vida privada. Nada es definitivo y rechaza el código de la vida privada. Nada es definitivo y se rechaza a través de clichés, de estereotipos y de dogmas inconscientemente asumidos, curiosamente en nombre de la libertad; se hace igual lo desigual, eje nodal de toda demagogia y, en suma, triunfa la filosofía del instante.

La postmodernidad vive la realidad como pseudorealidad fraccionada, y la TV está haciendo tangible la "aldea global" pronosticada por McLuhan; a la TV hay que añadir la informática, la telemática y la robótica que nos van ubicando en un estadio cultural muy distinto. La utopía parece morir, no existe compromiso ético, y lo fragmentario se nos muestra como único y monstruoso paisaje (v.gr., en educación: la espe-

cialización per se no se asienta sobre visiones macroestructurales). El sistema político-social es incuestionable y sólo hay que poner los medios adecuados para que funcione mejor. Asistimos, pues, al alumbramiento definitivo de la nueva especie: la del "hombre de orden"; aquel sempiterno ideal del "hombre libre" desaparece por innecesario.

Pues bien, hora es ya de retomar el hilo argumental de los comienzos de este escrito, y proponemos la capacidad ilusionante de transformación en frontal lucha contra el postmodernismo, la era postindustrial deshumanizada y la asepsia ideológica. Debe procederse a la configuración de marcos de referencia y valores y, sobre todo, a la vertebración moral de la sociedad, rompiendo con el escepticismo ante el futuro y con la moral de ocasión. Hay que reencontrar lo macrosocial, las visiones holistas, a ese hombre político e inserto en un nuevo humanismo, capaz de aplicar con sentido las cuestiones técnicas y metodológicas.

Se trata, en suma, de dar un salto cualitativo a nivel histórico que, a partir de la tradición, se reinvente lo nuevo de cara a conseguir, desde un personalismo socialista y con un talante hondamente democrático, la humanización de toda la humanidad, a fin de alcanzar una sociedad, desde las particularidades, mucho más fraterna (término aún más amplio y profundo que el de solidaria).